

**Flotilla de carabelas de Colón saliendo del Puerto de Palos en su primera expedición hacia lo desconocido.**

# REVISTA DE MARINA

## EDITORIAL

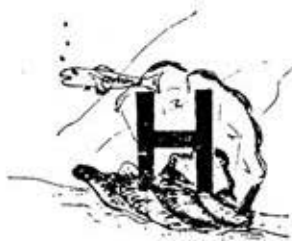
Santiago (CHILE), Septiembre y Octubre 1974

Volumen 91

Número 5



## A 482 AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA



**ASTA EL TRONO** de Juan de Portugal llegó un día a exponer sus quiméricos propósitos un hombre docto en el arte de la náutica, en la ciencia de la geografía y en el dominio de lenguas latinas.

En su exposición visionaria al monarca lusitano dijo que la distancia que mediaría entre la costa occidental de Europa y la oriental de las Indias debía suponerse más corta que el rodeo de Africa y Asia y que ofrecería una ruta más desembarazada que el pesado e interminable camino terrestre de las Indias, hostilizado por los turcos. Que así como los portugueses navegaban tan lejos al mediodía, igualmente podría navegarse la vuelta por el occidente y hallar tierra en ese viaje. Le decía que al occidente de las Canarias y de las islas del Cabo Verde tenía que haber muchas tierras, después de navegar mares inmensos que besaban p'ayas desconocidas; quizás continentes vírgenes, pletóricos de sol y de savias... El rey lo consideró un hombre con incontenible flujo de parlería y fanfarrón, lleno de fantasías e imaginación con su isla Cipango, y poco le creyó. No obstante, lo envió a conferenciar ante un consejo de sabios de la época, expertos en cosmo-

grafía, quienes no estimaron viable el proyecto y esas tierras vírgenes debieron esperar aún que el tiempo se encargara más tarde de hacerlas desflorar por hombres venidos de la civilizada Europa.

Cristóbal Colón salió de Portugal en 1485 y luego de haber perdido a su esposa, siguió con su vástago, el pequeño Diego, por el larguísimo camino que conducía hacia los encumbrados sitios del trono de Castilla. Era fama que bajo aquellos doseles de católica realeza se hallaban quienes protegían toda empresa que llevara consigo la fe de sus creencias, la tradición caballeresca de sus armas y la sangre noble y conquistadora de tantos capitanes: allí estaban Fernando e Isabel.

El inmigrante se detuvo en la villa de Palos y dirigió sus pasos al monasterio de la Rábida, donde encontróse con el fraile Juan Pérez y un experto cosmógrafo, fray Antonio de Marchena, quienes pronto serían amigos de aquel extranjero de tan exaltada fantasía y de tanta real experiencia en dilatados viajes.

El abad Juan Pérez, que en años pasados fuera capellán de Isabel la Católica, solicitó de ella y Fernando oyeran a su huésped navegante y, en efecto, los monarcas lo escucharon y aun cuando la reina asintiera cada vez con mayor entusiasmo a la convincente exposición del navegante, las palabras de Colón no lograron convencer a su real consorte.

Muchas fueron las juntas consultivas en Córdoba y Salamanca, donde entre cosmógrafos se debatió el proyecto de Colón, quien, aun cuando contaba con la ayuda de la reina, estuvo en peligro de ver fracasar definitivamente su gigantesca empresa. Por último, consiguió hacerse creer, pero no en el concepto que él tenía de la geografía, pues sus oyentes los tenían más aproximados a la realidad en cuanto a las dimensiones del globo terrestre y la repartición de tierras y aguas.

El retraso impuesto por la guerra de Granada y la situación de suspenso de su proyecto impacientaron a Colón, quien se dispuso ya a dirigirse a Francia para ofrecerlo allí, cuando la reina Isabel decidió aceptarlo con las condiciones que el interesado había puesto.

#### Y la historia relata:

“Tres naves habían de ir a la remota expedición: dos de ellas eran las carabelas o buques ligeros sin cubierta que el puerto de Palos estaba obligado a mantener para el servicio público, y la tercera la proporcionó el mismo almirante, con su amigo el guardián de la Rábida y de Alfonso Pinzón, rico comerciante de aquel puerto”.

Apertrechadas de maniobra de repuesto y víveres para un año largaron sus amarras la “Santa María”, la “Pinta” y la “Niña”, mandadas por Colón la primera y los hermanos Pinzón las otras, el 3 de agosto de 1492, a las ocho de la mañana, con rumbo hacia las Canarias. Allí repararon averías, cambiaron velas y siguieron hacia el oeste.

Riesgos, desazones, desconfianzas y sufrimientos fueron el pan de cada día en la atrevida expedición.

Hasta que por fin el 12 de octubre de ese año vemos descender, en las playas antípodas, con la espada en la diestra y el pendón de Castilla en la otra mano, e hincarse de rodillas, a quien junto al invisible surco dejado en los inmensos oleajes, había marcado la huella de la civilización y la conquista, el osado marino genovés, don Cristóbal Colón.

Así nacían a la luz de la ciencia, de la fe, del progreso y del comercio, los continentes e islas colombinos que más tarde se desgranarían en vigorosas nacionalidades.

Han pasado de ello 482 años y el mundo, pese a haber visto al hombre llegar a la luna, sigue expresando su admiración por un hecho tan esclarecido.

